CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

ASUNCION

DE LA VÍRGEN MARÍA.

¿Quæ est ista quæ ascendit de deserto, deliciis affluens, innixa super dilectum suum? (CANT. CAP. VIII, v. 5.)

¿Quién es esta que sube del desierto, llena de delicias, apoyada sobre su amado?

ILUSTRÍSIMO SEÑOR:

Desvanecidas las dudas que pudo suscitar una carta del Concilio reunido en Efeso, la tradicion unánime del Oriente y Occidente designa á Jerusalem como el lugar en que murió la Vírgen María, donde fué sepultada, á las orillas y casi en el nacimiento del torrente Cedrón, nó lejos del jardin de las olivas (1).

(1) La opinion que designaba á Efeso como el lugar en que murió la Vírgen, se fundaba en que acompañó á San Juan en

Despues de su muerte, tránsito glorioso de un alma inmaculada, su cuerpo fué arrebatado á los cielos.

Decia Juvenal, Arzobispo de Jerusalem, al gran Emperador Marciano y á su esposa Santa Pulqueria: « Aunque las Santas Escrituras guardan silencio respecto de las circunstancias que acompañaron la muerte de la gloriosísima Vírgen, una tradicion muy antigua y digna de fé nos enseña que el que quiso encarnar en María sin despojarla de la flor de su virginidad, ha querido tambien despues de la muerte de esta Madre tan amada, preservar de la corrupcion su cuerpo inmaculado, y trasportarlo al cielo antes de la resurreccion general » (1).

Ni griegos ni latinos contradicen estos testimonios; todos convienen en la antigüedad y fuerza de una tradicion tan extendida; y lejos de haber pretendido ningun pueblo el honor de poseer el precioso cuerpo de la Vírgen, todo lo mas de que se jactaba la Iglesia de Jerusalem era de tener dentro de su término y juris-

sus viages, y se detuvo con él en Efeso, así como en otros lugares de Asia. La Carta de los Padres del Concilio parecía de mucha fuerza, por ser de tanta antigüedad (431).

(1) S. Joan. Damasc. Hom. II, de Dormitione B. M.

diccion et sepulcro, pero vacío, que contuvo siquiera por breve tiempo, los restos mortales de la Madre de Dios. Los Apóstoles le dieron sepultura: Eutymio cuenta los funerales de la Vírgen; y mientras los discípulos del Señor regaban con su llanto la tierra de Getsemaní, el cuerpo de la Madre de Dios fué arrebatado en una nube á las alturas de la gloria, con alegres himnos que entonaba en los cielos la innumerable milicia de los celestes espíritus. Poco despues de tan gloriosa muerte llegó Santo Tomás en medio de sus afligidos hermanos, que le ayudaron á levantar la piedra del sepulcro: mas ya no encontraron sino el lienzo que sirvío al cadaver de envoltura, y algunas flores: el precioso cuerpo se lo llevaron los Angeles.

Celebremos con alegría esta festividad, mis queridos hermanos. San Gerónimo es, entre todos los Padres de la Iglesia, el que le consagra las aclamaciones mas entusiastas, y su corazon rebosa de alegría. Hemos visto el nacimiento de esta singular criatura envuelto en el misterio, precedido del milagro, y como ocultándose á la vista de los hombres, que no le creian tan glorioso en medio de la oscuri-

dad y humildad que lo rodeaba. Así se acaba esta brillante existencia; el crepúsculo de la tarde como el de la mañana se pierden en las sombras tendidas á lo lejos, y desaparecen con la vuelta del sol y la entrada de la noche. Su gloriosa existencia fué como la brillante aurora que alumbró la oscuridad de su nacimiento: su tránsito fué como la desaparicion del Arca del Antiguo Testamento; dejó en la horfandad á sus nuevos hijos y á la Iglesia de Jesús en la que ejercia una especie de Apostolado, y dejó el sepulcro vacío, aunque quedaba el mundo lleno de su memoria. Su Asuncion á los cielos es la coronacion de su vida, digna de la inmortalidad.

Aprovechémonos, mis queridos hermanos, de esta vida y de esta muerte tan preciosa. Vivir bien es luchar con todo género de enemigos, en todos los terrenos, donde quiera que se nos ataca para traernos al partido del mal. Ya conoceis todas las pérfidas sujestiones, todos los lazos que se nos preparan, toda nuestra fragilidad, y esta disposicion tan desdichada con que nos inclinamos al pecado. Todos los libros, todos los ejemplos, todas las reflexiones encaminadas á nuestra edificacion

nos vienen á ser inútiles por esta imbecilidad con que vivimos, pasando un dia y otro dia sin hacer por nuestra salud espiritual cosa de provecho. ¿Tambien será perdida para nosotros una leccion tan hermosa? Nó lo permita Dios. Se creerá que de puro bueno, el modelo no sirve; pera no solo la Vírgen María, sino tambien Jesús, vivieron para enseñarnos á vivir á su imitacion y ejemplo. Si puede ser ó no, bien se sabe lo que aprovecha elevar el espíritu, participar voluntariamente de los dolores de la Vírgen, seguir con Jesús al Calvario, bendecirle en nuestros trabajos y enfermedades, confortarse con su amor en las tribulaciones, y unirse á la Iglesia y á los Angeles cuando cantan las glorias de María ó las glorias de la Redencion. Es grandísimo consuelo que mientras lloramos en este valle de lágrimas, podamos levantar nuestros manos al cielo y nuestros lamentos al Padre de las misericordias, pidiendo los auxilios de su gracia para libertarnos de las asechanzas del espíritu maligno, para que nos saque salvos de trabajos y enfermedades, para que nos proteja sin atender á que somos indignos de sus favores, y nos deje ver la luz del nuevo dia, aunque me-

recemos mil muertes por tantas ofensas con que le agraviamos.

Es verdad que estos temores nó dejan vivir. Vive el hombre en continua zozobra, porque sabe la ley y mandamiento del Señor, y tiembla de pensar cuán poco hace para ajustarse á sus prescripciones, y teme el juicio de Dios que le ha de encontrar en el peor estado. Pero jamas pensamos en esto sin que nos asalte la idea de la muerte, y muerte espantosa que no dá lugar á nada, y que aun viniendo despacio es como si volára, al menos, para nosotros, que hasta hoy tenemos tan poca resolucion para convertinos, por decir *de aquí á mañana,.... luego,.... despues,.... ya se ha hecho algo.... El cambio se obrará completamente con ayuda de Dios,..., estoy gracias á su misericordia haciendo lentamente una evolucion cuyo término será feliz....* y otras cosas por este estilo. No, Señores. Este medio es apropósito para engañarnos; estos discursos son excelentes para contentar el amor propio, y gozar de la vida tranquilamente, de la vida que se escapa, de la vida que se aboca á la muerte, donde ya nó se harán tales reflexiones, donde el cambio ha de estar hecho, donde la

evolucion ha de estar acabada, momento sin prórroga en el cual es menester decir: *lo que ha de ser, que sea ahora mismo.* Bueno es vivir pensando en la muerte, pero es preciso ir apartando inconvenientes lo mas aprisa que se pueda, y ponerse en el término muchas veces, para hacer sin la presion de la muerte, lo que con la presion se hará, á menos que no estemos condenados por nuestras iniquidades, á morir ofendiendo á Dios hasta con el último pensamiento.

¡Qué miserables somos! Pero levantemos nuestros ojos á María, que sube á los cielos entre una nube resplandeciente y las alegrías de los Angeles. Dios la retira del sepulcro; pero la memoria de su dichosa muerte, su coronacion en los cielos, es un triunfo sobre la mortalidad y sobre las miserias de esta vida, capaz de iluminarnos acerca del destino del hombre, á quien le está reservada, si se dispone á morir como cristiano, una muerte dichosa, un sepulcro en honor que la Religion proteje, y una coronacion en los cielos en la casa del Padre celestial, donde hay muchas mansiones para sus elegidos.

Aprendamos, Señores, á vivir y á morir con

el ejemplo de la Santísima Vírgen. La vida no debe ser mas que una preparacion á la muerte, así como estamos interesados en que la muerte sea para nosotros el lazo que eternamente nos una con Jesucristo, vida nuestra. Espero, confiado en los auxilios de la divina gracia, nó dejaros dudas sobre un punto tan interesante para nuestra salvacion. *Ave María.*

Un largo martirio fué, como habeis visto, la vida de la Vírgen : su término fué la muerte, que es la que pone fin á todos los dolores. Vióse en amarga soledad, privada de todo amparo, perdió á su querido Hijo en el mas bárbaro y afrentoso de todos los suplicios, y lloró la ingratitud de los hombres y sus pecados, y el desvio de Israel, que en su obcecacion habia resistido al Salvador del mundo.

Mas por cada lazo que se rompía, por cada golpe que la quebrantaba, la Vírgen se unía á Dios con un fervor siempre creciente; y este fervor le daba fuerzas para soportar mayores sacrificios. Bien podian arreciar los golpes y sobrevenir persecuciones y pruebas; siempre se hallaría al pié de la Cruz, es decir, siempre se hallaría preparada y confortada para sufrir los dolores mas intensos. Dios rompe los lazos

mas inocentes, hiriendo su corazon en las afecciones mas tiernas y mas santas: nó importa; aquellos sacrificios traen tesoros á la hora de su muerte. Hubiera querido seguir á su amado Jesús en el sepulcro; pero una fuerza superior la detiene en el borde: ¿es menester resignarse á vivir? Pues bien, la Vírgen queda del lado acá del sepulcro, y suspirará como desterrada todo el tiempo que haya de durar su triste y solitaria vida.

Sin duda que nosotros pensamos de distinta manera. La muerte es cierta, y no contamos con ella; la vida es corta, y usamos de la vida como si fuera eterna, viviendo en la mayor imprevision y descuido, como si fuera lo mismo merecer que desmerecer, sufrir que gozar, llorar que reir. Las inquietudes que sufrimos tienen otro objeto; las esperanzas que alimentamos terminan á otra cosa; nos hacemos ilusiones y nos echamos á soñar á rienda suelta, siendo frecuentemente la muerte la que se presenta súbito, sin que se sentieran sus pasos ni se la viera venir. El interés de la vida estaba en otra cosa; los negocios, la ambicion, los afanes y cuidados del siglo nó dejaban tiempo para nada; luego, el pensamiento de la muerte

es importuno; asalta intempestivamente; es menester dejarlo á un lado; nó permite hacer nada; es una interrupcion constante en nuestras tareas, acaso útiles, y proveemos á nuestra seguridad cerrando los ojos.

De mil maneras nos equivocamos al proceder así. Nó nos desentendemos de la muerte sino por el placer de la vida, y así vamos insensiblemente estrechando los lazos y amarrándonos á las cosas de la tierra, de la que nó nos apartarémos sin sufrir una violencia tanto mayor, cuanto haya sido el apego que tuvieramos al mundo. Este momento ha de llegar; esta separacion ha de hacerse; las cosas del mundo pasan, y nosotros pasarémos como si no hubieramos sido. Gran locura es apegarse á lo que ha de pasar, poner el corazon en lo que muere, y hacernos una ilusion tan funesta sobre las cosas de este mundo.

¡Cosa rara! El hombre quiere pasar por muy experimentado y conocedor del siglo, de los hombres y de los negocios: pretende tener buena vista; conoce los sucesos antes que vengan; su experiencia nó le engaña; nó se le puede sorprender con calculos y proyectos, porque su juicio es seguro, sabe lo que se

puede arriesgar, tiene una prudente desconfianza, su tacto es muy fino y delicado, y cuenta ademas con un corazon tál para presentimientos, que muy rara vez ha tenido que arrepentirse de seguir sus impulsos. Esto no obstante, la muerte, con ser cosa tan cierta que nó faltará, le coge de sorpresa. Al menos, solo así se concibe que esté mal preparado para este trance, pues nó ha llorado sus pecados, nó ha perdonado las injurias, nó ha pensado en Dios haciendo de esta meditacion el alimento cotidiano de su espíritu, y tiene á medio hacer muchas cosas precisas, contando con que las hará al fin, por poco tiempo que Dios le conceda para ello.

Algo es preciso hacer todos los dias para que el último de nuestra vida no nos imponga todos los sacrificios juntos, sacrificios que dejamos de hacer, y que nó haremos probablemente en un plazo que tanto insta y de tal modo nos apremia. Porque nó nos olvidemos de que tendremos que aceptar la muerte, y aceptarla con resignacion, y aceptarla con gusto; y que el deseo de morir, luego que llegue nuestra hora, es muy conforme al cáracter de cristianos; porque el Señor nos ha

hecho ricas promesas para la vida futura. Separarse de este mundo con violencia, de este mundo cuyos artificios y engaños hemos descubierto tantas veces, mundo aborrecido y detestado por el mal que nos ha hecho, y separarse con dolor de este destierro, donde nó se pasó dia sin que multiplicáramos sobre nuestra cabeza el número de nuestros pecados, es desmentir y deshonrar la fé en las divinas promesas. Pedimos todos los dias que venga á nosotros el reino de Dios, y nó lo queremos; pedimos eterna vida, y nó queremos perder la temporal que se acaba en medio de tantas miserias; queremos el cielo, sin perder la tierra ni los placeres de una vida puramente animal: pues ¿en qué consistirá la gloria de reinar con Jesucristo en los cielos?

Es verdad que nosotros querriamos morir si estuvieramos menos apegados á las cosas de la vida, y que estariamos menos apegados á no ser pecadores que reincidimos una y otra vez en la mismas culpas, y que cometeriamos menos pecados con mayor detestacion de los cometidos, y borrando todos los de nuestra vida pasada con la expiacion de la penitencia. Porque nos vemos sin horror cubiertos de

lepra, dejamos que siga la naturaleza su rumbo; así se aumentan los pecados, y se disipan en nosotros lo dones de la gracia, y nos atamos al mundo con cadenas, y no somos capaces de familiarizarnos con la imágen de la muerte, ni de volar con el deseo á la bienaventuranza de una vida inmortal. Pero el peligro de muerte enseña al hombre mas que todos los discursos y toda su experiencia, y hace propósitos entonces de emprender una reforma radical, derramando abundantes lágrimas por tantas ofensas cometidas contra un Dios clementísimo y bueno, que le dió tantas pruebas de su amor y misericordia. El tiempo mal gastado, los bienes de fortuna que adquirió por medios que nunca ha reprobado tan de veras como en el lecho del dolor; estas riquezas tan mal empleadas, para fomento de su vanidad, para tantos placeres por lo menos inutiles, para tantas necesidades facticias, habiendo podido socorrer en los pobres tantas necesidades verdaderas; aquella salud de que habia gozado desperdiciando sus fuerzas para el bien; aquella instruccion de que los ignorantes no habian reportado la menor ventaja; aquella reputacion que hubiera bastado por sí

sola para proteger en el mundo alguna cosa buena; aquellos sentimientos dulces, aquel corazon naturalmente sensible, todos estos dones que de nada sirvieron por falta de un empleo el mas beneficioso que pudiera darseles, todo esto y mucho mas que el hombre en la enfermedad agita en su cabeza, parece imprimir á su voluntad una tendencia contraria, y todo se vuelve propósitos de un cambio completo, si por fortuna llegare á convalecer de su mortal dolencia.

Pero, ah! Que muy luego se gasta aquella tristeza tan saludable, y la alegría de haber recobrado la salud se anuncia por la visible disminucion de aquellos terrores que tantas lágrimas y suspiros le arrancaron, y los propósitos van perdiendo aquella fuerza que parecia perdurable, y nó pasa dia sin que se vaya dando á conocer que pasó el peligro inminente, y que todo irá tomando su asiento como antes del peligro, rehusando por intolerables las pequeñas mortificaciones, cuando nó parecian bastantes en la enfermedad los mayores sacrificios. Por donde se ve claro, como dice San Agustin, que si en estos trances suspiramos tanto por la vida, es para continuar nues-